

Apuntes históricos sobre epidemiología americana, con especial referencia al Río de la Plata (*)

POR EL

Dr. Pedro L. Luque

CAPITULO I

LAS EPIDEMIAS, PRINCIPAL FACTOR DE DESPOBLACION AMERICANA

SUMARIO. — Influencia del descubrimiento de América en los destinos de Europa. — La mayor parte de las enfermedades epidémicas fueron traídas por los europeos. — Epidemias en la época precolombina. — La cuestión del origen de la sífilis. — Primeras epidemias después del descubrimiento. — La varuola. — El "matlazahuatl" — Referencias más remotas a epidemias en Chile y el Río de la Plata.

No cabe duda que el descubrimiento de América salvó a la civilización europea de caer en el más profundo colapso. La situación del mundo en el siglo XV era tal, que de no haber llegado oportunamente las enormes riquezas de estas nuevas tierras, para abrir nuevos rumbos al comercio y despertar otras ambiciones en los hombres, el destino de la humanidad hubiera sido totalmente diferente y las huestes de Mahoma, dueñas por entonces de los mercados y las riquezas, habrían terminado por conquistar a toda Europa.

Pero si Europa encontró la tabla de salvación en las inmensas

(*) Dando cumplimiento a obligaciones del segundo año de adscripción a la cátedra de Higiene y Profilaxis de nuestra Escuela de Medicina.

e ignoradas tierras americanas, ello no ocurrió sin desgarramiento ni dolor para las innumerables naciones y tribus que las poblaban; y así ofrendaron su libertad y su vida a la ley inexorable del progreso que exigía nuevas tierras y otros horizontes para la expansión de una raza superior.

Y ocurrió un hecho que no tiene parangón en la historia de la humanidad: el aniquilamiento, en un espacio de tiempo relativamente breve, de todo un mundo de pueblos y naciones, algunos en altísimo grado de civilización y desarrollo cultural, por la acción, hasta cierto punto inconsciente, de los nuevos hombres que vinieron a plantarlos.

Esta despoblación de América, que tanto ha preocupado a los historiadores, no ha obedecido, por cierto, a una causa única. Ni el hecho de que el europeo viniera en tren de guerra y conquista, ni tampoco el agotador trabajo a que el indio fué sometido en las explotaciones mineras (mitas), han sido capaces de explicar por sí solos este extraordinario fenómeno etnológico. En efecto, la relativa pequeñez de las expediciones conquistadoras, su pobre armamento, hubieran sido incapaces, ellos solos, de abrir amplia brecha en los millones y millones de habitantes que, agrupados en innúmeras tribus, poblaban este vastísimo continente. Y lo mismo podemos decir de las explotaciones mineras o de otra naturaleza, que por grandes que ellas hubieran sido, nunca habrían podido abarcar sino una parte insignificante de la numerosísima población indígena.

Necesaria era otra arma infinitamente más poderosa que el arcabuz y la espada, la cual arteramente y al abrigo de su invisibilidad,

hice entrega de estos apuntes históricos sobre epidemias en América y especialmente en el Río de la Plata.

Dado que ésta es mi primera incursión por el campo de la historia, el lector sabrá disculpar las deficiencias de que pueda adolecer el presente trabajo, especialmente desde el punto de vista de la técnica histórica.

Considero un deber expresar mi mayor reconocimiento al Prof. Dr. Enrique Martínez Paz, por su gentileza al poner a mi disposición todo el considerable material bibliográfico y documental del "Instituto de Estudios Americanistas" de nuestra Universidad, del cual es digno director.

Quiero dejar aquí también constancia de mi agradecimiento al señor José R. Peña, activo e inteligente colaborador del mismo instituto, por su valiosa cooperación en la búsqueda de antecedentes.

se infiltrara hasta los más escondidos parajes, que no sólo abatiera a los jóvenes guerreros, sino que descargara también todo su poder mortífero sobre las indefensas mujeres y los tiernos niños, para poder aniquilar una raza sana y fuerte, como era la de los indios americanos antes de su avasallamiento por el europeo.

Y para desgracia de nuestra población aborígen esta arma fué traída a América por los mismos que la conquistaron, bajo la forma de los invisibles gérmenes de las enfermedades infecciosas que, al encontrar organismos vírgenes e incontaminados, carentes por lo tanto de toda inmunidad atávica, pudieron hacer fáciles presas y producir, así, una mortandad y un aniquilamiento como tal vez nunca fué dable observar en la historia de la humanidad.

Para peor de los males, la conquista y colonización de nuestro continente ocurrió en un momento en que las enfermedades epidémicas hacían estragos en el viejo mundo, favorecidas por la carencia de las más elementales normas de higiene privada y pública y por el desconocimiento de las reglas profilácticas y terapéuticas adecuadas. Y a este respecto, dice con acierto CANTÓN, el Africa y otras regiones del globo han tenido la suerte de ser exploradas y colonizadas por los europeos en siglos posteriores, cuando, más adelantada la medicina preventiva y curativa, pudieron aportar a la par que el germen de la enfermedad el arma para evitarla o combatirla.

* * *

Pero si las numerosas enfermedades infecciosas traídas por los europeos fueron el más importante factor de despoblación en América, ello no significa que en los tiempos pre-colombinos nuestros indígenas hubieran estado a cubierto del terrible azote de las epidemias. Las escasas referencias que nos han llegado de esas pretéritas épocas anteriores a la conquista nos señalan algunos hechos de esta naturaleza, y es así cómo HERRERA en sus "Décadas" (1), al historiar el Yucatán antiguo, nos habla de una epidemia de "mortales calenturas, que duraban veinte i quatro horas", agregando que aquellos que llegaban a enfermar "se hinchaban y rebentaban lle-

(1) Década IV, Libro X, Cap. III. Madrid, 1730.

“nos de gusanos; duró algunos días esta miserable pestilencia, i “menguó tanto la gente, que mucha parte de los mantenimientos se “quedaron por coger”. A esta calamidad, según el mismo historiador, siguió poco tiempo después “otra lastimosa pestilencia de unos “grandes granos, por todo el cuerpo, que con gran hedor los podre- “cía de tal manera, que se les caían las carnes a pedaços, en quatro, “ó cinco días: i los castellanos conocieron a muchos, que escaparon “de ella”.

También RUSH, citado por HUMBOLDT (2), señala la existencia periódica, en la costa atlántica de los Estados Unidos, de una peste muy desoladora a la que se habría querido identificar con la fiebre amarilla.

Mas, ni la peste ni la guerra, ni cualquier calamidad eran comparables, para el indio, a la desventura de la libertad perdida bajo el yugo español. Tal se desprende, al menos, del triste relato que LÓPEZ DE GOMARA (3) pone en boca de un anciano sacerdote indígena llamado ALQUIMPECH, quien refiriéndose a sucesos ocurridos ochenta años antes de la llegada de los españoles, decía:

“Que vino una hinchagón pestilencial a los Hombres, que re- “bentaban llenos de gusanos; i luego otra mortandad de increíble “hedor; i que hubo dos Batallas, no quarenta Años antes que fue- “sen ellos, en que murieron mas de ciento i cinquenta mil Hombres; “empero que sentian mas el mando, i estada de los Españoles, por- “que nunca se irian de allí, que todo lo pasado”.

No son estos, por cierto, los únicos documentos que prueban la existencia de enfermedades epidémicas entre los naturales de América en épocas anteriores a la conquista española. Pero ni en frecuencia, ni en intensidad pueden ellas compararse a las que sobrevendrían poco tiempo después del arribo de los europeos. Al llegar estos, en efecto, encontráronse con naciones densamente pobladas y con imperios, como el azteca y el incaico, que estaban pasando por la plenitud de su florecimiento, todo lo cual no se concilia con la idea de mortíferas y devastadoras epidemias.

(2) *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, t. I, Cap. V. París, 1825.

(3) *Historia de las Indias*, Cap. 54.

Por otra parte, los indígenas vivían en condiciones higiénicas superiores a las de sus contemporáneos europeos. Su misma desnudez, su afición al baño reiterado, del que llegaron a hacer un rito, su modo de vivir en íntimo contacto con la naturaleza, agrupados en pequeñas tribus y no en centros hacinados e infectos como los de la Europa de entonces, la facilidad con que podían por ese motivo desplazarse y huir, así, de la pestilencia, eran todos factores eficientes para la limitación de las epidemias.

* * *

Por cuanto resulta indudable que la mayor parte de las endemias que han afligido a la América conquistada fueron de origen europeo, es el caso de preguntarse si este trágico presente no tuvo su adecuada retribución y si no existieron también enfermedades introducidas en el viejo mundo desde estas tierras de América. Y aquí nos corresponde unir nuestra protesta a las muchas que se han levantado para defender a nuestra tierra de la imputación de haber introducido la *sífilis* en Europa.

Uno de los que más han contribuido para que este error se divulgara es, sin duda, el célebre historiador GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, contemporáneo de Colón, quien afirmaba (4) que el "mal de las búas" no debía llamarse ni "mal de Nápoles", como lo designaban los franceses, ni "mal gálico", como lo llamaban los italianos, sino "mal de las Indias". Esta enfermedad, según el citado historiador, habría sido introducida en España en 1494 por los que regresaron del segundo viaje de Colón y allí difundióse entre la gente humilde en un principio y entre los cortesanos más tarde. El conocimiento, que italianos y franceses hicieron de esta enfermedad se habría debido a la expedición española comandada por el capitán GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, que acudió en ayuda del rey Fernando de Nápoles en su guerra contra Carlos VIII de Francia.

Otros historiadores, como ASTRUC, y médicos, como RUIZ DE ISLA, también certificaron este hecho del mal gálico traído por los

(4) *Historia General de las Indias*, 1.ª parte, Libro II, Cap. XIV. Madrid, 1851.

españoles desde América. Pero es el caso que entre la llegada de estos navegantes a Barcelona y la explosión epidémica del mal venéreo ocurrida en Italia en 1494, sólo mediaron unos pocos días, lo que invalida toda argumentación con la cual quiera establecerse una relación entre ambos hechos, por cuanto, sin contar con la lentitud de las comunicaciones en aquellos tiempos, las mismas características de la enfermedad, su tiempo de incubación, manera de difundirse, etc., habrían hecho imposible una propagación tan acelerada. Y si a esto agregamos que la sífilis —como lo señala CANTÓN (5), de quien hemos tomado algunos de estos datos— antes del descubrimiento de América ya fué conocida en Europa, donde recibía los más diversos nombres (“mal de bubas”, en España; “mal gálico”, en Italia; “mal de Nápoles”, en Francia; “elefantiasis”, entre los árabes), habría que conceptuar quedan los indígenas americanos relevados del cargo que a ese respecto se les ha hecho.

La confusión deriva, quizá, del hecho de que entre los que participaron del primer viaje de Colón iban algunos tripulantes atacados de sífilis, que por aquel tiempo adquiría en Europa un carácter epidémico, y la transmitieron a los naturales, dejando así la semilla del mal que dos años más tarde habría de ser recogida por los integrantes del segundo viaje.

* * *

El flagelo epidémico dejóse sentir, puede decirse, desde los momentos iniciales de la conquista española en América. La primera ciudad europea del nuevo mundo, la Isabela, que fuera edificada por Cristóbal Colón, debió sufrir, al poco tiempo de fundada, los rigores de una cruel epidemia, la cual, según OVIEDO (6), fué ocasionada en parte por el hambre y en parte por la gran humedad.

“Y desta causa —añade el mismo historiador— aquellos primeros españoles que por acá vinieron, quando tornaban a España algunos de los que venían en esta demanda del oro, si allá volvían, era con la misma color dél, pero no con aquel lustre, sinó hechós

(5) *Historia de la Medicina en el Río de la Plata desde su Descubrimiento hasta nuestros días*, Tomo I, Págs. 41 y 191. Buenos Aires, 1926.

(6) Obra citada, Libro II, Cap. XIII, Pg. 50.

“azamboas é de color de açafrañ ó tericia; é tan enfermos que luego ó desde á poco que allá tornaban se morían, á causa de lo que acá avian padescido, é porque los bastimentos y el pan de España son de mas reça digestion que estás hiervas é malas viandas que acá gustaban, é los ayres mas delgados é fríos que los desta tierra. De manera que aunque volvían á Castilla presto daban fin á sus vidas, llegados á ella”.

Esta epidemia, que por su característica de producir en los atacados un tinte icterico, ha inducido a algunos a querer identificarla con la fiebre amarilla, cosa poco probable, por otra parte, como veremos en el capítulo correspondiente a esta enfermedad, obligó a despoblar la incipiente ciudad, para ir a fundar, en el otro extremo de la isla, la ciudad de Santo Domingo.

* * *

Fué en esta misma población de Santo Domingo donde veinte años más tarde (1517) hizo su primera aparición en tierras de América la más cruel y mortífera de cuantas enfermedades han afligido al continente desde su descubrimiento: la atroz *viruela*. Ella ha constituido, sin lugar a dudas, el más importante factor de despoblación durante toda la época colonial. Como reguero de pólvora, sus irrupciones epidémicas extendiéronse con rapidez por todo el continente, gracias a la característica de esta enfermedad de no respetar clima, latitud ni raza.

Tan pronto como los españoles ponían pie en algún punto del nuevo mundo, sus estragos hacíanse sentir con despiadada furia y es así cómo antes de haber transcurrido diez años desde la fundación de Buenos Aires, la naciente ciudad debió sentir por primera vez los efectos de la viruela.

Ya que hemos de consagrar un capítulo especial a esta enfermedad, no vamos a extendernos más, aquí, sobre ella.

* * *

En el transecurso del siglo XVI, el otrora floreciente imperio azteca fué devastado por oleadas epidémicas de un mal misterioso

que atacaba casi exclusivamente a los indígenas, de quienes recibió el nombre de *Matlazahuatl*. He aquí la descripción que hace el historiador mejicano RIVA PALACIO —y que reproduce PENNA (?)— de uno de los brotes epidémicos de esta enfermedad

“Una noche del año 1576, sobre el oscuro cielo de Méjico puro “y tachonado de estrellas, apareció repentinamente un cometa, que “es sin duda el mismo que registra Arago bajo el número 32 y “que fué observado en 1577 por Tycho-Brahe y calculado por Ha- “lley y Woldsted. Otro fenómeno meteorológico, como ser tres soles “que caminaban por el cielo, causaron el más terrible espanto en “los mejicanos, sin causas apreciables, en la Primavera de ese año “apareció la peste más terrible y desoladora de cuantas se regis- “tran en los anales de la historia. Los síntomas de aquella nada “tenían de extraño y, sin embargo, ninguno de los atacados llegaba “a salvarse, no había médico ni remedio alguno que pudiera darle “alivio. Anunciábase el mal por un fuerte dolor de cabeza e inme- “diatamente sobrevenía la fiebre, pero una fiebre voraz que agitaba “de tal manera a los infelices epidemiados que no les permitía eu- “birse ni con el vestido más ligero. Aquellos desgraciados, como “huyendo del fuego interno que los devoraba, salían con horror de “sus habitaciones y así desnudos y como locos, vagaban por los pa- “tios de sus casas o por las calles, y allí expuestos a la inclemencia “y sin auxilios de ninguna clase y en medio de una constante e in- “explicable inquietud, espiraban, después de nueve días de pade- “cimiento, en el último de los cuales tenían una gran hemorragia “por las narices — era contagiosa exclusivamente para los indí- “geñas”.

Es a esta misma calamidad, por cierto, a la que alude TORQUE- MADA (8) cuando expresa que “en el año 1576, gobernando este “Virrei, sobrevino a los Naturales Indios una mortandad, y pesti- “lencia, que duró por tiempo de mas de un año; y fue tan grande, “que arruinó, y destruyó con toda la Tierra, y aun casi quedaron “despobladas las Indias que llamamos Nueva España. Era cosa de

(7) *La Viruela en la América del Sud y principalmente en la República Argentina*, Pg 12 Buenos Aires, 1885.

(8) *La Monarquía Indiana*, Libro V, Cap. XXII. Madrid, 1723.

“admiración ver la gente que moría; porque avia casos, que unos
 “estaban muertos, y otros para morir, y ninguno con salud ni fuer
 “ças, para poder acudir á dár remedio á unos, ni sepultura á
 “otros. En las Ciudades, y Pueblos grandes, abrian grandes Can-
 “jas, y de la mañana, a la noche, no hacian otra cosa los Minis-
 “tros, sino acarrear cuerpos, y echar en ellas y apuesta del Sol,
 “cubrírlos de tierra, y no con la solemnidad que suelen enterrarse
 “los Difuntos; porque ni el tiempo lo permitía, ni los muchos cuer-
 “pos lo sufrían. Finalmente, fué tanta la Gente que murió aquel
 “Año, que para creer después de la mortandad, que era esta Tierra
 “la misma, que Don Fernando Cortés y sus Compañeros conquis-
 “taron, fué necesario, que lo atestiguaran los muchos, que poco
 “después de él vinieron, que vieron lo uno y lo otro”.

Más adelante el mismo autor nos suministra datos precisos, tra-
 ducidos en cifras, acerca de la magnitud de esta epidemia y de otra
 ocurrida años atrás: “..Pasóse la general mortandad, y quiso sa-
 “ber el Virrei Don Martin Enriquez, la gente que faltaba, en esta
 “Nueva España, y fuese tomando raçon de esto por los Pueblos,
 “Barrios, y hallóse, que avian sido los muertos mas de dos millo-
 “nes, que pareçè cosa increíble, que exedió esta mortandad a la
 “pasada del año 1545 en doce veces cien mil personas. Porque en
 “la pestilencia del año de 1545 murieron ochocientas mil personas.
 “De donde se podrá inferir, la multitud de gente que avia en la
 “Tierra, antes de estos tan grandes estragos de la muerte”.

En las líneas que siguen, el historiador se refiere también a fe-
 nómenos celestes precursores de la epidemia y suministra la única
 indicación clínica al respecto: “Un mes antes de que començase esta
 “mortandad, se vieron en el Sol tres ruedas, eran semejantes a las
 “del Arco en el Cielo, llamado Iris; duraron en su demostración
 “y apariencia desde las 8 de la mañana, y hasta la una después de
 “medio día, que debió ser anuncio de esta mortandad, que fué de
 “fluxo de sangre, por las Narices”.

GABRIEL DE CÁRDENAS ZCANO (9) nos habla también de una gran
 peste que se encendió en Nueva España, causada por el hambre, y

(9) *Ensayo Cronológico para la Historia General de la Florida*, Pg 153.
 Madrid, 1723.

en la que murieron dos millones de indios. A pesar de una leve discordancia cronológica (1577 en vez de 1576), debemos reconocer en esta epidemia la misma a que aluden los autores anteriores.

Estos y otros relatos relativos al "Matlazahuatl", coinciden en dos hechos que debemos especialmente señalar y que son: primero, la circunstancia de que la enfermedad atacaba exclusivamente a los indígenas y no a los españoles; y segundo, la constancia de manifestaciones hemorrágicas como característica clínica descollante. Con estos dos únicos elementos de juicio no ha de ser fácil, por cierto, individualizar al padecimiento dentro de las entidades mórbidas conocidas. Y es así cómo, especialmente por autores franceses, se lo ha querido identificar con la fiebre tifoidea y sobre todo con la fiebre amarilla, presunción la última poco probable, ya que esta enfermedad siempre se ha distinguido por cebarse con particular saña en el europeo y respetar parcialmente al aborigen; además, el "matlazahuatl" no respetaba las regiones mediterráneas, cosa impropia de la fiebre amarilla que únicamente asola las costas. Por otra parte, las autopsias que en oportunidad de la epidemia de 1576 practicara el médico JUAN DE LA FUENTE, nada nos hablan respecto a hemorragias gastro-intestinales, ni a alteraciones hepáticas, ni a ictericia, hechos que ya entonces eran conocidos como propios de la fiebre amarilla.

La tesis de que el "matlazahuatl" no haya sido otra cosa que el tifus exantemático complicado de hemorragias, ha sido defendida por LOMBARD. SCHIAFFINO sostiene también esta manera de pensar, apoyándose en la descripción que del "matlazahuatl" hizo el médico Francisco Bravo, testigo presencial, y de la cual surgirían, como características descollantes, la gran contagiosidad, el curso casi siempre letal, el hecho de no respetar ninguna estación del año y, por último, la presencia de un importante cuadro eruptivo (10).

Nuestro gran epidemiólogo PENNA ha sostenido, en diversas publicaciones, la teoría de que el "matlazahuatl" no fuera más

(10) RAFAEL SCHIAFFINO, *Historia de la Medicina en el Uruguay*, en Anales de la Universidad de Montevideo, año XXXVI, entrega 121, Montevideo, 1927.

que una forma particularmente grave de la viruela, tal como después fué frecuente comprobar en los indígenas, y en la que el elemento hemorrágico habría preponderado ampliamente, siendo, por otra parte, escasa o nula la erupción "ordinariamente constituida por pequeñas y raras papulitas, que bien pudieron escapar al espíritu pavoroso que las observaba" (11).

* * *

Si nos hemos referido en primer término a las epidemias de "matlazahuatl" no es porque ellas hayan sido las primeras en orden cronológico que se presentaron en este siglo inicial de la dominación española en América, sino por la trascendental importancia que revistieron como factor de despoblación. Hemos visto ya, en la transcripción de TORQUEMADA hecha más arriba, la referencia a otra "pestilencia" ocurrida en el año 1545 y que mató 800.000 indios. HERRERA, en las "Décadas" (12), refiérese con los siguientes términos a una epidemia ocurrida por 1539 en Popayán, actual República de Colombia:

"Y a esta desventura (hambre) sucedió otra no menor, que fué "una gran pestilencia, tan rigurosa, que se caían supitamente los "Hombres muertos, sin remedio alguno". El mismo historiador estimó que el hambre y la peste segaron 150.000 vidas de indígenas, de los cuales 50.000 por haber sido devorados.

El gran imperio de los incas tampoco se vió libre del azote epidémico durante los primeros tiempos de la dominación española, y es el mismo HERRERA (13) quien se encarga de hablarnos de "una "general pestilencia por todo el Reino del Perú (1546), que comenzó demás delante del Cuzco; y que se extendió por toda la Tierra, "de la cual murieron gentes sin cuento: era el mal que daba un "dolor de cabeza, i accidente de calentura muy recio, i luego se

(11) *La Viruela...*, Pág. 7.

(12) Década VI, Libro VI, Cap. I.

(13) Década VIII, Libro II, Cap. XVI.

“pasaba el dolor de la cabeza al oído izquierdo, i agravaba tanto el mal, que morían en dos, o tres días”.

* * *

Por lo que respecta a la zona meridional del continente americano, ya que ello nos interesa más directamente, parece ser que el más remoto dato referente a enfermedades epidémicas ocurridas durante el descubrimiento y la conquista, es el de una epidemia de “calenturas” ocurrida entre los tripulantes de la expedición de Gaboto, mientras la misma permaneció en el puerto de Los Patos. Esta epidemia, no obstante que llegó a generalizarse, sólo causó escasas muertes (14).

No son muy abundantes las referencias a hechos epidémicos en esta parte de América durante el siglo XVI. Parece cierto, sin embargo, que la viruela ya fué observada en Chile en 1554, tal vez traída del Perú. Otro brote epidémico de la misma enfermedad se advirtió también en Chile en 1589 (15), y dos años más tarde sus estragos dejábanse sentir en Cuyo.

Y en Córdoba, la más alejada referencia a sucesos de esta índole es la de una peste “que no era de viruela”, que por el año 1598 atacó a los indios y especialmente a los negros. La mortandad entre estos últimos fué grande y los síntomas eran: “dolor de costado, fiebre y saliva sanguinolenta”; GARZÓN MACEDA (16). Como se advierte por los datos clínicos, debió tratarse de una forma de neumonía infecciosa, epidémica y tal vez de origen gripal.

Las misiones del Paraguay debieron aguantar a los pocos años de su establecimiento y, para ser más precisos, en una fecha que según GUEVARA, citado por PEDRO MALLO (17), se encontraría entre los años 1595 y 1599, los embates de una furiosa epidemia de viruela que diezmó a los aborígenes.

(14) CANTÓN, obra citada, Tomo I, Pág. 137.

(15) ALEJANDRO FUENZALIDA, *Historia del Desarrollo Intelectual de Chile*, Pg. 457. Santiago de Chile, 1903.

(16) *La Medicina en Córdoba*, Tomo III. Pg. 556. Buenos Aires, 1917.

(17) *Páginas de la historia de la Medicina en el Río de la Plata*, en *Anales de la Facultad de Ciencias Médicas* (Buenos Aires, 1898), T. II, págs. 50 y sig.

Si exceptuamos una epidemia de viruela en 1588 —sobre la que no existe seguridad— no hemos encontrado referencias a males epidémicos durante el primer cuarto de siglo que siguió a la segunda fundación de Buenos Aires por D. Juan de Garay, en el año 1580. Es recién en el año 1606 cuando en una información levantada por el procurador JUAN DÍAZ DE OJEDA, entre los moradores, con el fin de probar a Su Majestad el estado de miseria de la ciudad, vemos testimonios como el siguiente del Visitador General, P. Fray BAL-TASAR NAVARRO: "... de un año a esta parte a faltado la mayor "parte de los dichos yndios respeto de la pestilencia general que "a abido y al presente ay que todo lo a consumido y acabado "pereciendq de enfermedad y peste uno de los religiosos de la di- "cha su horden (franciscana) que los doctrinara y otro que esta "en manifiesto peligro de muerte de manera que por ser general "y grave nunca vista en estas partes la dicha pestilencia se an "quedado despoblados algunos pueblos y muchas chacaras y ereda- "des con los frutos y cosechas perdidas sin aver quien las coxa ni "aproveche..." (18). Acerca del origen de esta epidemia, atribuyóla el padre FRANCISCO DE LA CRUZ, cuyo testimonio figura en dicha información seguidamente del anterior, a una expedición militar destinada a Chile, que en el año 1605 desembarcó en el puerto de Buenos Aires.

En el acta de la sesión del Cabildo de Buenos Aires correspondiente al 8 de enero de 1608, encontramos una solicitud al gobernador para que permita la importación de negros de la Guinea, "por "quanto —decían los cabildantés— a sido Nuestro Señor servido "por muchas vezes aber abido muchas enfermedades en esta ciudad "y della aber quedado muy poco servicio por donde los veñinos es- "tán en mucha necesidad del y no aber naturales en la tierra y "los que ay no acuden a servir".

Un año después, el 24 de marzo de 1609, preocupáanse las autoridades, y con justa razón, porque "de algún tiempo a esta parte "muere en esta ciudad y su jurisdicción mucha cantidad de gana-

(18) *Correspondencia de la Ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España*, Publicación dirigida por ROBERTO LEVILLIER, Tomo II, Pág. 168 Madrid, 1918.

“dos bacuno ovejas y cabras y ganado de cerda y esto es en tanto extremo que se tiene por rramo de pestilencia, y que llega y cun- de ya hasta las chacaras del rrio de Luxan y aun algunos Indios que iban en busca de los dichos ganados mueren subitamente” (19). No obstante esta indicación de “muerte súbita”, expresión que bien podría obedecer a una exageración no muy extraña en la época, nos vemos inclinados a reconocer al carbunco en esta enfermedad que hace más de tres siglos atacó al ganado y se transmitió al hombre.

CAPITULO II

LA VIRUELA

SUMARIO. — La primera epidemia de viruela en tierra americana. — Epidemias en Perú y Chile. — La gran pandemia de 1588. — La viruela en Buenos Aires. — Epidemias de viruela en las misiones jesuíticas. — Epidemias en los siglos XVII y XVIII. — La viruela en la República Argentina en los siglos XIX y XX.

De todas las endemo-epidemias que devastaron este continente durante los siglos que siguieron al descubrimiento, la que con más rigor hizo sentir sus mortíferos efectos fué la viruela; a ella debemos responsabilizar, en buena parte, de que países otrora populosos y hasta altamente civilizados se transformaran, a la vuelta de algunas décadas, en poco menos que desiertos.

Historiar aquí el desarrollo que ha tenido en América, y especialmente en el Río de la Plata, la viruela, y reseñar las principales medidas de profilaxis aplicadas contra ella, la variolización y la vacunación, sería desbordar de los límites que hemos querido dar a este trabajo y, hasta cierto punto, además innecesario, ya que la profusa bibliografía que existe al respecto nos haría incurrir en continuas repeticiones. Por lo tanto, nos hemos de limitar a trazar en líneas generales los principales rasgos históricos sobre este tan

(19) *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Serie I, Tomo II. Buenos Aires, 1907.

interesante tema, tratando de señalar en manera especial pormenores que hemos creído inéditos o, por lo menos, poco divulgados.

Como ya se ha visto en el capítulo anterior, parece que la más remota referencia respecto a una epidemia de viruela en tierra americana data del año 1517, en el que la isla de Santo Domingo fué azotada por una tan terrible epidemia que casi la despobló por completo. "Reliquos variola morbilli eis ignotis haetenus superiore anno "1518, qui tamquam morbosos pecudes contagioso halitu eos inva- "serunt" escribía el historiador de Colón, PEDRO D'ANGHIERA (1). Desde Santo Domingo la enfermedad fué llevada hasta el continente por un negro esclavo de la expedición de Pánfilo Narváez, que la difundió entre los habitantes de Cempoala (Méjico), donde ocasionó la muerte del rey indígena Cuiclahuatzín, y desde allí, en fin, por todo el continente (2).

* * *

La fecha de la introducción de la viruela en el Perú sería la de 1532 ó 1533, junto con el ejército expedicionario mandado por Benalcázar, y desde ese país la enfermedad pasó a Chile donde hizo sus primeros estragos en 1554.

* * *

El año 1588 fué fatal para nuestro continente; una mortífera pandemia lo recorrió de extremo a extremo, causando la desolación y la muerte por todas partes. Al padre PEDRO LOZANO debemos el conocimiento de esta epidemia y, por considerarlos de interés, transcribimos a continuación algunos párrafos con que el eminente historiador jesuíta nos relata los horrores que se padecieron (3):

-
- (1) "La viruela, desconocida por ellos antes de 1518, los invadió, como al ganado enfermo, con su hábito contagioso".
- (2) SANTA CRUZ y ESPEJO: *Reflexiones acerca de las viruelas. Año 1785*, en Escritos del Dr FRANCISCO JAVIER EUGENIO SANTA CRUZ Y ESPEJO, T. II, Pg. 343. Quito, 1912.
- (3) *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*; tomo I, Pg. 63. Madrid, 1754.

“Destemplóse el ayre con maligna influencia de los astros, y
“encendióse un contagio pestilente, de que murieron muchos, y á
“todos puso en grande confusión, y assombro. Principióse la epi-
“demia desde la Ciudad de Cartagena, en Tierra Firme, el año de
“mil quinientos ochenta y ocho, y fué discurriendo por toda la Amé-
“rica Meridional, hasta el Estrecho de Magallanes, sin perdonar el
“rincon mas remoto, donde no se sintiesen los efectos de su furor,
“con tan estrañas, malignas, y nuevas calidades, que no se halló en
“todos los aphorismos de Hipócrates y Galeno medicamento para
“oponerse a sus estragos. Con crueldad se cebaba en los nacidos en
“la América, que paraba monstruosos, y á muchos les hacia saltar
“los ojos, cerrabanselos las fauces, de manera, que ni daban passo
“de lo interior al aliento, ni de lo exterior al alimento, feneciendo
“la miserable vida entre las congoxas del ahogo. Nadie creyera
“que la epidemia obraba, sino como contagio, pues consumia fa-
“milias, Ciudades enteras: Pero se veían obligados a deponer este
“dictamen, quando veían, que á un mismo tiempo se descubría en
“Lugares distantes unos de otros ochocientas, o mil leguas: y prin-
“cipalmente quando advertían dexaba totalmente intactos á los
“Europeos, por mas que se familiarizassen con los dolientes, y per-
“seguia á los nacidos en la América, aunque se guareciessen en las
“cavernas mas negadas al humano comercio, y usassen los preser-
“vativos de mayor eficacia. Ignorabase del todo, qual de las prime-
“ras qualidades predominaba en esté achaque, no pudiendo for-
“marse Juicio fixo, quando fallaban las señales mas ciertas. Por-
“que si prevalecia la sequedad, cómo reusaban la bebida? Si era
“abundancia de húmedad, no se componía bien al experimentar
“el ahento seco por extremo, y las congoxas mortales, que les aho-
“gaban. Ni se podia atribuir a mayor fuerza del frio, ó del calor, por-
“que igualmente lo contradecía el vér, que en el Estío mas ardien-
“te, ó en lo mas rígido del Invierno, en los clymas mas aridos, y
“en los terrenos mas humedos, en los arenales ardientes, y en los
“bosques mas retirados del Sol, obraba la dolencia con uniforme
“actividad”.

Si bien en las líneas transcriptas no se menciona la viruela y tampoco es fácil identificarla dentro de la compleja y un tanto

extraña sintomatología, el mismo autor en otra parte de la obra (4) aclara que se trató de la viruela, cuando refiriéndose a la misma epidemia y sus estragos en el Cuzco, dice; "Sin embargo, la dolencia que principalmente reynaba, era la de las viruelas, funestísima á la complexion ardiente de los Indios; pero acompañada de otros accidentes, y syntomas, quedaban casi desahuciados en "miserabilísimo estado". No obstante esta aclaración, debemos decir que algunos historiadores no aceptan la naturaleza variólica de esta pandemia, y es así cómo SCHIAFFINO, basándose en los signos de disfagia y sofocación, quiere identificarla con el garrotillo.

* * *

Es de creer que la incipiente ciudad de Buenos Aires no escaparía a la gran epidemia continental del año 1588, si bien carecemos de noticias que nos permitan hacer una afirmación categórica. Desde esa fecha hasta 1621 no se encuentra ninguna referencia a la viruela en dicha ciudad. Ignoramos la naturaleza de los males que, según vimos en el capítulo I, afligieron a Buenos Aires en los años 1606 y 1608, y es recién —como hemos dicho— en 1621, cuando en las actas del Cabildo se menciona, por vez primera, el mal variólico en una acordada del 25 de mayo, cuyo párrafo sustancial transcribimos a continuación (5):

"En este Cabildo el dicho Teniente General (Don Gil de Os-caris Carabaxal) propuso como ay mucha enfermedad de biruelas "en esta ciudad y muere mucha gente y que era necesario se ysiese prosisión de sangre y que se pida al Señor Probissor dé lieencia para que se haga la dicha procesión pidiendo al Señor aplaque "la dicha enfermedad".

Pero no todas habían de ser medidas de carácter espiritual y es así cómo, pocos días después, el 2 de junio, el gobernador Diego de Góngora, sin duda porque la epidemia se cebaba entre la población de color, ordenaba que "todas las personas sacadoras de negros y otras que los tubiesen que ubiesen de mas afuera los pu-

(4) Obra citada; libro IV, Cap. V, Pg. 575

(5) *Acuerdos del extinguido cabildo de Buenos Aires*; serie I, tomo V, Pg. 68. Buenos Aires, 1908.

“siesen en las ultimas cassas del pueblo y no habiendolas se sacassen del y se pusiesen en toldos de cueros por causa de la “peste” (6)

No obstante estas disposiciones la epidemia cundía cada vez más. El mismo gobernador, no sabemos si por el bien público o para huir de la misma, decidió realizar un viaje de inspección al interior, contra cuya resolución el Cabildo hubo de protestar enérgicamente por ser necesaria su presencia en Buenos Aires, ya que, “de dos meses a esta parte se an muerto mas de mil personas de “todos estados y cada día con la peste que a dado se ban muriendo “y si a este respeto susede lo que falta de el ynvierno este Puerto “tendra muy poca o ninguna xente para su defensa y ningun ser- “bisio para sus ssementeras” (7)

La epidemia no sólo hacía sus estragos en la ciudad de Buenos Aires sino también en el interior, y aquí, tal vez, con mayor intensidad. Es así cómo en el mismo acuerdo, y con el fin de apoyar la argumentación en contra del proyectado viaje, leemos las siguientes líneas que destilan, quizá, cierta ironía: “Ay fama pública que la “dicha peste ha dando en las ciudades de arriba e Yndios de sus “reducciones donde es cierto no hallará ningunos que bisitar”.

* * *

Las numerosas reducciones y misiones jesuíticas que a fines del siglo XVI y principios del XVII establecieron en esta parte de América fueron con harta frecuencia, a partir del año 1588, azotadas por epidemias de viruela, como lo atestiguan numerosos documentos de la época. Ya en el citado año de 1588, según relata el padre LOZANO, la terrible peste hacía estragos sin cuento entre los indígenas y había días en que el número de muertos, en una sola reducción, no bajaba de doscientos. Como hemos visto en el capítulo anterior, otro violento brote epidémico registróse entre los años 1595 y 1599.

Las “Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tu-

(6) Idem; serie I, tomo V, Pg. 79.

(7) Idem; serie I, tomo V, Pg. 85.

cumán”, preciosísima recopilación de las minuciosas memorias anuales de la orden jesuítica, que han sido editadas por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, traen con frecuencia referencias a epidemias padecidas en las diversas reducciones y colegios y se menciona, en manera especial, a la viruela, a partir del año 1611, en que dejóse sentir en Santiago de Chile “una peste de Viruelas, “que duró cinco, o seis meses deque murió mucha desta pobre gente, “y apenas quedo persona de los yndios, y Criollos de la tierra, a “quien no diese” (8). Al año siguiente el mal variólico asoló también a las reducciones del Paraná y Arauco (9).

No hemos de fatigar al lector con la transcripción de numerosas noticias similares sobre hechos de esta índole durante las primeras épocas de la colonización y evangelización en esta parte de América y sólo diremos, para dar una idea de la violencia con que la viruela atacaba a los naturales, que se calcula que en sólo los veinte años transecurridos entre 1590 y 1610 el número de defunciones por esta causa ascendió a dos millones en lo que hoy son el Paraguay y la Argentina (10).

Los indígenas, como es natural, experimentaban un terror supersticioso ante la presencia de la terrible enfermedad y huían despavoridos a refugiarse en los más recónditos lugares. A título de curiosidad transcribimos aquí, del P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR (11), el siguiente párrafo, por donde podemos apreciar la idea que sobre la viruela tenían los indios guaycurús:

“Creer que es un ente vivo aunque invisible, amigo del Sol y “del Calor, no menos opuesto al frío y a la sombra Según la natu- “raleza que se fingen, los hacen andariegos, buscando a quien pe- “garse. Pobre del que anda por el Sol y vía recta. Es necesario an- “dar por la sombra, ó por el Sol atravesando de un lado a otro, pa- “ra que las viruelas no atinen con la vereda. Por esto se huyen to- “dos, y van a esconderse en las selvas al oír que alguno tiene vi-

(8) Tomo I, Pg. 94. Buenos Aires, 1929.

(9) Tomo I, Pgs. 162 y 215.

(10) PEDRO MALLO: Trabajo y publicación citados, Tomo II, Pág. 72

(11) *El Paraguay Católico*; Tomo II, Cap. XXIV, Pg. 44. Buenos Aires, 1902.

“ruelas. Mas estas los buscan y los hallan por más que se escondan. “En este tiempo no parece médico alguno y temen al mal como cual-“quiera”.

* * *

Durante todo el siglo XVII la viruela hizo sentir sus efectos con renovado rigor. Aparte de la gran epidemia de 1621, a la que ya hemos hecho referencia, anotemos aquí una que estalla en Buenos Aires seis años después (13), otra en 1638 (14), otra en 1687 (15) y, finalmente, una más en el año 1700 (16).

Ciertamente que las citadas no han de haber sido las únicas epidemias de viruela ocurridas en Buenos Aires en ese siglo, ya que en muchos casos las referencias documentales son tan escuetas que no especifican la naturaleza de la enfermedad reinante, pudiendo muchas veces haberse tratado de viruela. Y es así cómo PENNA (17) nos habla de una epidemia ocurrida en Buenos Aires a mediados de dicho siglo, la que coincidió con graves epidemias de viruela en Chile. Estas últimas, haciendo una excepción a la regla, se singularizaron por atacar con más rigor a los españoles que a los indios.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT (18) estimaba que las epidemias de viruela se dejaban sentir en América con intervalos de 17 ó 18 años.

Durante el siglo XVIII la viruela continuó devastando con igual furia a los países americanos. Las referencias a este respecto en historias, crónicas, documentos, etc., son numerosas, y hacer la enumeración de todas ellas sería fatigoso para el lector y, hasta cierto punto, sin utilidad.

A principios del referido siglo la introducción de negros en el

(13) *Acuerdos del extinguido cabildo de Buenos Aires*; serie I, tomo VI, Pg. 317. Buenos Aires, 1908.

(14) *Idem*; serie I, tomo VIII, Pg. 254. Buenos Aires, 1911.

(15) BESIO MORENO, *Historia de las epidemias de Buenos Aires*, en Publicaciones de la Cátedra de la Historia de la Medicina, t. III, Pg. 101. Buenos Aires, 1940.

(16) *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*; serie I, tomo XVIII, Pg. 651. Barcelona, 1925.

(17) *La viruela en la América del Sud y especialmente en la República Argentina*, Pg. 23. Buenos Aires, 1885.

(18) *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*; t. I, cap. V, París, 1825.

puerto de Buenos Aires, que había llegado a constituir un activísimo comercio, fué causa más de una vez de la propagación de epidemias de viruela; a fin de evitarlas, el Cabildo adoptaba con frecuencia medidas de cuarentena. Así, en el año 1705 se impidió el desembarco de los negros y franceses llegados en el navío francés "Amfitrite" por haber arribado "con muchos enfermos de Birue-las, Mal de Luanda y otros Males de Peste, lo cual es un gravísimo perjuicio a la república, el permitirles el desembarque" (19). Medidas de la misma índole, pero en contra de los viajeros provenientes de Chile y Cuyo, se adoptaron ese mismo año, a causa de reinar también la viruela en dichas regiones. Asimismo se tomaron medidas de cuarentena contra embarcaciones inglesas en los años 1715 y 1717 (20).

Nuestro compatriota y destacado historiador, el P. PABLO CABRERA (21) nos cuenta de una terrible epidemia de viruela en estas tierras de la Nueva Andalucía (Córdoba) durante el año 1718, epidemia que se ensañó de una manera especial con los negros e indios y cuyos estragos fueron en parte mitigados por la abnegada labor de varios jesuitas alemanes, entre los que se destacó el P. ASPERGER, quien "desempeñó los oficios de doctor en medicina con "éxito y aplauso". Los indios pampas alzaron sus tolderías y huyeron tierra adentro. La epidemia, que llegó hasta Río Cuarto, causó la muerte, según el P. ASPERGER, de más de 17.000 indios.

Pocos años después, en 1726, nuevamente siéntese amenazada la ciudad de Buenos Aires por la viruela, tomándose otras medidas de protección, como aquella que disponía por sitio de acantonamiento de los negros durante la peste, la otra banda del río, entre la guardia de San Juan y la de las Vacas (22). Los años 1733 y 1738 marcan otros tantos momentos epidémicos de la enfermedad que nos ocupa, la que adquirió características graves especialmente entre las misiones jesuíticas.

-
- (19) *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, serie II, tomo I, Pg. 348. Barcelona, 1925.
 (20) *Idem*; serie II, tomo III, Pgs. 241 y 425. Barcelona, 1926.
 (21) *Tiempos y campos heroicos*; 1ª parte, Cap VII, Pg. 91. Córdoba, 1933.
 (22) *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*; serie II, tomo V, Pg. 688. Barcelona, 1928.

Pero parece que la epidemia más importante del siglo XVIII fué la que se desarrolló en los años 1764 y 65 en las misiones del Paraguay y de ambos márgenes del Uruguay y a la que hacen referencia el P. SÁNCHEZ LABRADOR ⁽²³⁾ y MOUSSY (citado por PENNA). Dicha epidemia, al decir del primero de los autores, provocó el desbande de los indios Mbayas, recién en vías de catequización, y se propagó hasta los Guaycurús. A propósito de estos, dice SÁNCHEZ LABRADOR:

“En todos los indios son contagiosas las viruelas; mas en los “Guaycurús son preliminares de la sepultura”. MOUSSY, por su parte, aportó por vez primera cifras estadísticas de mortalidad correspondientes a 21 reducciones de las márgenes del Paraguay, según las cuales el número de indígenas fallecidos en esa epidemia habría ascendido a 7.414, es decir, la duodécima parte de la población total.

Esta epidemia de 1764 y 65 debió revestir características de verdadera pandemia, extendiéndose por todo el continente, ya que la vemos señalada en otros países, como Chile ⁽²⁴⁾, donde mató a la tercera parte de los atacados, Quito ⁽²⁵⁾, Caracas —donde al decir del P. BLAS JOSEF FERRERO “el incendio de las viruelas prendía por todas partes hasta dejar la ciudad convertida en un espantoso desierto”— ⁽²⁶⁾ y, finalmente, Méjico, en el que, según HUMBÓLDT ⁽²⁷⁾, habría revestido terribles características.

Anotemos, todavía en ese siglo, una gran epidemia de viruela que asoló el norte de la hoy provincia de Buenos Aires y que reinó durante todo el segundo semestre del año 1778 ⁽²⁸⁾.

* * *

Veamos ahora una breve descripción clínica de la viruela americana hecha por un cronista del siglo XVIII ⁽²⁹⁾: “Después del

(23) Obra citada, Cap. XXXVIII, Pg. 145

(24) ALEJANDRO FUENZALIDA: Obra citada, cap. VII.

(25) SANTA CRUZ y ESPEJO, Obra citada

(26) RAFAEL DOMÍNGUEZ, *La vacuna en Venezuela*, en Anales de la Universidad Central de Venezuela, Año XVI, N° 4, 1928.

(27) Obra citada.

(28) BESIO MORENO, trabajo citado, Pg. 114.

(29) SANTA CRUZ y ESPEJO, obra citada.

“primer paro, que pareció feliz, viene, o una supuración funesta, o una maduración gangrenosa, o una desecación imperfecta, desigual, maligna, o un retroceso instantáneo de las materias hacia el centro, con muerte casi repentina de los virolentos; y, en fin, otros fatales consecutarios anexos a la primera efervescencia, que se suscita dentro de los líquidos de la máquina humana. Una corta detención de las postillas hacia los pulmones acarrea una pronta sofocación. Si la naturaleza es vigorosa para volverlas a la periferia, deja aún sus impresiones perjudiciales, enosis, aftas, pthisis o fiebres hécticas de por vida”.

* * *

Al finalizar el siglo XVIII, probablemente gracias a la difusión de la práctica de la variolización, y durante el siglo XIX, merced a la vacunación, las epidemias de viruela debieron necesariamente ir disminuyendo en intensidad. Ello no impidió, sin embargo, que durante todo el siglo pasado el mal variólico haya seguido ocupando uno de los primeros puestos como factor de mortalidad y que, aun ya bien entrado el siglo XX, algunas zonas de nuestro país hayan tenido que experimentar con todo su rigor sus embates epidémicos.

Por lo que respecta a la ciudad de Buenos Aires, señalaremos como años de mucha viruela, en el siglo XIX, los de 1801, 1802, 1811, 1818, 1829, 1836-37, 1843 y 1847 ⁽³⁰⁾.

Ya a partir de 1872 disponemos de datos estadísticos, por lo menos para la ciudad de Buenos Aires ⁽³¹⁾. Ellos nos enseñan que entre los años 1872 y 87, es decir en un lapso de 16 años, la viruela ocasionó en sólo la ciudad de Buenos Aires 8.367 defunciones, o sea un promedio anual superior a 500, con lo cual esta enfermedad ocupó el segundo puesto entre las infecto-contagiosas, siendo solamente superada por la tuberculosis. Desde 1888 a 1906 las cifras de mortalidad por viruela, como corresponden a una enfermedad que actúa por empujes epidémicos más o menos distanciados, han adquirido

(30) BESIO MORENO, trabajo citado.

(31) JOSÉ PENNA y HORACIO MADERO. *La administración sanitaria y asistencia pública de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1910.

magnitudes muy diversas, desde sólo 14 y 15 defunciones en los años 1893 y 94, respectivamente, hasta cifras superiores a 2.000 y 1.000, respectivamente, en los años 1890 y 1901. Especialmente la mortalidad del año 90, que en relación a la población del Buenos Aires de entonces apenas superior al medio millón de habitantes, representa un índice de cuatro por mil nos indica la virulencia que en épocas aun no muy lejanas, y no obstante un siglo de vacunación, han adquirido las epidemias de viruela y nos permite comprender lo calamitosas que tales epidemias habrán sido en épocas pretéritas, cuando la población carecía de la inmunidad atávica y cuando las prácticas para una profilaxis eficaz y especialmente las de la profilaxis específica, no se conocían todavía.

Los datos demográficos relativos a toda la República a partir de 1911 ⁽³²⁾ nos señalan, respecto a la mortalidad por viruela, dos períodos epidémicos, a saber, el año 1911, con una cifra absoluta de 3.920 y los años 1921 y 22 con 1022 y 988 fallecimientos, respectivamente. Estas cifras representan una tasa de mortalidad, por 100.000 habitantes, de 53,1 para 1911, 11,6 para 1921 y 10,9 para 1922. Los restantes años acusan tasas de mortalidad insignificantes, si se exceptúan, quizá, los años 1912 y 1923, que pueden considerarse como comprendidos dentro del período de declinación de las epidemias citadas, y el año 1917, en que la cifra absoluta de mortalidad por viruela alcanzó a 172.

La periodicidad decenal de las epidemias de viruela, que con bastante regularidad veníase observando desde 1890, parece haberse interrumpido en 1930, y es de esperar que en el año actual de 1940, y en todos los siguientes, no ha de ser dable ya más contemplar en nuestra patria los horrores del mal variólico que tanto ensombreció nuestro pasado colonial.

(Continuará)

(32) *Anuario demográfico argentino*, publicado bajo la dirección de la Dra. ADELA ZAUCHINGER. Buenos Aires, 1938.